

IDA VITALE

**LA LEY DE
HEISENBERG**



Buenos Aires - Madrid

ORIGEN

Quizás todo empezó en Sicilia. Sicilia era apenas una distancia, enorme, que mi abuelo paterno, en un tiempo que yo situaba en un pasado remotísimo del mío, claro, había cruzado en un velero, que tanto avanzaba como desandaba lo andado. Así, los meses se convirtieron en un fatal agobio, con la multiplicación paralela de los peces y los panes, secos ambos, como único alimento: bacalao y galleta marina. Aquel, aborrecido definitivamente por el viajero, que a su sola mención tenía angustias estomacales, desapareció de la dieta familiar. Mi abuela podía declararse, por fidelidades de casta, oribista (partidaria del general Oribe, o sea blanca) en el campo de la historia nacional, con lo cual contrariaba las inclinaciones del *pater familias*, coloradas, como correspondía a un garibaldino; pero mantuvo el veto al bacalao, aun décadas después de la muerte de mi abuelo. Supongo que ella había aceptado que no debía gustarle. Estemada por la forzosa ignorancia de sus sabores, todavía me entusiasmo con su sola mención, que viene con relentes de fruto prohibido.

Pero volvamos a aquella isla lejanísima. Saltaba a un primer plano por vía de un rosario subrepticio, que aparecía entre puntillas, batistas y madapolanes en el cajón

de la ropa interior de la gran cómoda de la abuela, escondido a medias por ella, muchos años atrás, en supersticioso recaudo, después de recogerlo de entre los desperdicios donde mi abuelo lo había tirado. A su vista, podía desgranarse la crónica de su cuñada, en versión audiovisual, con el sepia de una imagen antigua, que encerraba entre sus bordes una colina casi sin árboles y en su cima una casa baja, solitaria. Allí, sin duda, entre estancias sombrías y sin delicias, debía yo situar la figura delgada de Grazia, bellísima, con un peinado de airosos tirabuzones, que nos miraba con ilusión de futuro desde otra fotografía. Una hermana mayor, cuyo nombre fue arrastrado al olvido por su mal recuerdo, intuyendo lo combustible de esos encantos, dejó en testamento la casa a la iglesia, como dote, para asegurar que a su muerte –quizás anunciada– se produjese la incorporación vitalicia de Grazia al convento de la zona. Fue inútil la ira sin recursos de su hermano, que al abandonar su Nicosia natal había ido perdiendo, a cada ola del infinito trayecto, todo derecho al dicerio y a la intervención.

Al morir en forma repentina mi abuelo, todavía joven, varios de sus numerosos hijos eran adolescentes o niños. Los ojos avezados de un jardinero que había trabajado con la familia cuando esta vivía en la holgura, descubrieron en mi abuela, encubiertos como suelen estar entre los pobres de nacimiento, los signos para él familiares de las urgencias angustiantes. A punto de volver a sus tierras sicilianas, para agradecer a sus santos las benevolencias de “la América”, se ofreció para comunicar las malas nuevas a la terrateniente, por ese entonces todavía viva, pese a todo.

Al regreso transmitió avergonzado una respuesta definitiva y rencorosa. No había ayuda para una cuñada que tenía un nombre fantástico, Galinda, y para los

“nipotes”, de nombres más fantásticos aún. Allá habían entendido que la progenie no estaba bautizada. Los nombres que mi abuelo había exhumado (junto a un Miguel Ángel más tolerable y una Débora, bíblica pero combativa) de entre la historia griega y romana (Publio Decio, Tito Manlio, Marco Antonio, Rosolino, Pericles, Ida) y de Stendhal (Clelia y Fabricio) olían a azufre. Quizás por distracción, el que luego me fue transmitido aparecía en el santoral, aunque eso casi estuviera anulado por el peso de un monte favorable a las musas. Al final se supo que el Eminente había dispuesto todo con un orden inmejorable.

Enfermó de gravedad la hermana mayor, de la que si hubo fotografía debe haber sido partida en dos por mano justiciera. De su cuarto, al acercarse el plazo perentorio, entraban y salían sacerdotes que la velaron sin fatiga, intersticios ni obstáculos. Ellos, hay que entenderlo, actuaron con diligencia ante la perspectiva de que la joven que quedaba sola terminara entregando su mano y la colina y la casa rodeada de viñas en las de algún endemoniado carbonario. ¿Qué no podía esperarse en aquellos tiempos, sobre todo de una familia que, aunque hubiese contado con buenos cristianos, también había arrastrado la cruz —oh incongruencia de la frase hecha— de un masón rabioso que en América, vago territorio fuera de control, sin duda había propagado la mala semilla? Eficaces en poliorcética, sin duda convencieron a Grazia de los riesgos de su belleza, en cuyo perfil acechaba el diablo. O no la convencieron. Quizás este, deseoso de no perder un alma sobre la que se le atribuían fáciles poderes, la codició de veras y, por lo mismo que se pretendió contrariar sus vías, la ganó cuando a ella le fue impuesto un destino, que quiero suponer no deseado.

Décadas después de estos, para mí legendarios sucesos, me tocó estudiar la lengua italiana, cuyos encantos me resultaban tan remotos como a mis compañeras de linajes españoles o ingleses. D'Annunzio, Ada Negri, Carducci y tantos otros tensaron sus lomos desde la biblioteca, en llamados desoídos, porque para mí el francés había llegado primero. Incluso me malhumoraba un poco que a menudo mi declinante abuela me preguntase por palabras italianas para mí aún ignoradas, en vez de consultarlas con sus propios hijos. Todos habían ido a la Scuola Italiana. Casi todos habían olvidado lo enseñado. Por entonces, Sicilia no era aún Trinacria para mí.

Luego, poco a poco, amé la lengua italiana, descubrí en ella poetas que venero y, no sin nostalgia, sustituí el conocimiento directo de lo que no conozco de ella por versiones complementarias, que fui atesorando en fuentes que no dejan de manar, en solfataras que espero que sigan encendidas por mucho tiempo aún: Verga, Pirandello, Lampedusa, Piccolo, Sciascia, Bonaviri, Consolo, Camilleri..., en las imágenes de sensualidad refinada y contenida que navegan en los fondos oscuros de Antonello, el de la colonia siciliana de Messina. Y me sigue sorprendiendo como distracción imperdonable de algún Alto Mandatario, que sea ferrarés ese Ariosto que mezcló sus personajes de materia mágica con otros casi humanos, moviéndolos por una geografía a la medida del Hipogrifo, desde Irlanda y Francia hasta los vapores mediterráneos, para concentrarlos al final en la isla premonitoria de Lampedusa, donde se cumplen las justicias bélicas y Orlando recobra la razón. Y sigo sintiendo un cierto tironcito del alma cada vez que le sumo un mérito más a esa otra patria desconocida. También, cuando leo las precisiones negativas que Sciascia escarba aquí y allá, a través de siglos y documentos registrados en su

inmediatez ominosa. Reconozco en muchos de ellos lo que conozco de sobra: una sociedad hija, nieta, bisnieta suya en lo que no procede de España. Imposible ignorar los defectos que la doble vertiente similar aumenta: la observación del prójimo, la envidia, el deseo de rasar para abajo. Algo que puede parecer menor y que para mí no lo es, tendría su origen allá en Sicilia: el cantar de a uno, el haber ignorado el arte y el gusto del coro (digo arte para excluir esa última y prestigiada extensión de la murga española, mediante la cual se justifica la libertad de desafinar vulgaridades, sumado a otros).

Ahora la conozco, tarde ya, e imagino dentro de sus límites toda la dignidad de sus abstenciones y sus derroches: su riqueza espiritual, no escasa de errores y de trampas, pero que ofrece la belleza que suplica y permanece, humilde y culminante.